

AL SANTÍSIMO
CORAZON DE JESÚS,

VERDADERO HIJO DE DIOS Y DE MARÍA INMACULADA,

en testimonio de amor
y fidelidad eterna á su persona divina, doctrina y virtudes;
en reconocimiento de sus innumerables
beneficios á los hombres,
y en desagravio del desamor é ingratitudes
de los cristianos,

CONSAGRAN PERPÉTUAMENTE

sus personas, sus trabajos y su vida toda,

POR MEDIO

de la mas enamorada esposa de Jesús,

la heroina seráfica española

SANTA TERESA DE JESÚS,

EN EL SEGUNDO CENTENAR DE SU APARICION

Á LA BEATA MARGARITA,

El Director y Redactores de la revista
Santa Teresa de Jesús.

Tortosa, junio de 1875.

LA CONSAGRACIÓN DE LOS FIELES CRISTIANOS AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Voy a ponerme al frente de estos tres millones de fieles que piden se consagre la Iglesia al sagrado Corazón de Jesús, y vamos a conquistar el mundo.

(Palabras de Pío IX)

Un hecho que figurará muy gloriosamente en los fastos de la Iglesia católica va a cumplirse en este mes. Pío IX, el Pontífice de la Inmaculada Concepción de María y del glorioso patriarca san José, será también el Pontífice del Corazón de Jesús. Y en verdad que pocos o ninguno de los Sumos Pontífices que le han precedido refleja mejor en su largo y trabajoso pontificado mayores semejanzas con Jesucristo durante su vida mortal. Ninguno más combatido que Pío IX, ninguno más glorificado. Parece que el infierno todo se desencadena por oprimir y humillar al Vicario de Cristo, y el cielo se afana para sembrar su largo pontificado por sucesos grandes, sin precedente en la historia de los diez y ocho siglos de la Iglesia.

Pero uno de los más gloriosos es sin duda la consagración al Corazón de Jesús que Pío IX, movido de su devoción al mismo santísimo Corazón y de las multiplicadas súplicas de ciento sesenta Cardenales, Arzobispos y Obispos de Francia, España, Italia, Holanda, etc., y de tres millones de fieles, ha dispuesto para el día 16 de junio, segundo centenario de la revelación con que fue favorecida la B. Margarita Alacoque, y en la cual recibió de boca del mismo Cristo el mandato de promover el culto de su divino Corazón, día que coincide con el de su exaltación al pontificado, ha dispuesto, decimos, la fórmula de consagración que al final insertaremos, y que recomienda, concediendo indulgencia plenaria a todos los que debidamente preparados en dicho día la pronuncien.

En este siglo de egoísmo no podía ni debía ofrecérsele otro remedio más eficaz que el Corazón de Jesús, Corazón lleno de amor y de sacrificio por los hombres. Santa Teresa de Jesús, que tan bien conocía los desastres de este desordenado amor propio, siglos antes que la filosofía panteísta nos hablase y deificase este **yo**, pedía al Señor con ferviente ruego verse libre de él. "No me castigéis en darme lo que yo quiero y deseo, exclamaba, si vuestro amor, que en mí viva siempre, no lo deseare. Muera ya este **yo**, y viva en mí otro que es más que **yo**, y para mí mejor que **yo**, para que **yo** le pueda servir; él viva y me dé la vida; él reine y sea **yo** cautiva, que no quiere mi alma otra libertad"¹ Y no es otro por cierto el fin que se propone la Iglesia al convidar a sus hijos con una indulgencia plenaria a que se consagren todos al sagrado Corazón de Jesús en un mismo día, pronunciando un mismo acto de consagración, para que **una** sea la palabra, **uno** el espíritu en todo el universo, y se renueve en los últimos y más azarosos tiempos de la Iglesia el espectáculo sublime de los primitivos tiempos, en que no había en los fieles más que un corazón y una alma: **cor unum et anima una**. Muera ya este **yo** en mi alma y en mi corazón, debe decir todo católico al consagrarse al Corazón de Jesús, y viva en mí otro que es más que **yo**, y para mí mejor que **yo**, que es el buen Jesús, el Dios de mi corazón. Viva Jesús en mi entendimiento por la fe, y por el amor en mi corazón, y déme vida de amor. Jesús reine en mí, y sea yo cautiva de su ley de sacrificio, de suavidad y de amor; que no quiere mi alma otra libertad que servir a este dulcísimo Corazón, que es Corazón de Rey, de Padre, de Amigo, de Esposo, de Dios. ¡Oh qué buen Señor es el buen Jesús! diremos con la seráfica virgen Avilesa. ¡Cuán hermoso su corazón! Renuévase en estos últimos tiempos de perversión el admirable ejemplo de caridad que nos dio Jesucristo los últimos días de su vida. Los hombres, por cuyo amor y provecho había descendido del cielo a la tierra, estaban maquinando cómo darle muerte y arrojarle del mundo; y mientras así discurrían, el buen Jesús multiplicaba los prodigios y hacía el mayor milagro de amor por quedarse en compañía de los hombres ingratos y ser su mayor amigo y consolador hasta la consumación de los siglos, instituyendo el santísimo Sacramento del altar. Pues también en estos últimos días se ha declarado guerra de exterminio al buen Jesús, y se pretende arrancarle del corazón del hombre, y si se pudiese, del Corazón del mismo Dios; y Jesús descubre nuevas invenciones que prueben al mundo ingrato su infinito amor.

Los modernos regeneradores se han esforzado ¡vano empeño! por arrancar a Cristo Jesús de la diestra de Dios Padre, y perturbarle en la pacífica y eterna posesión de su trono de gloria, negando su divinidad. Han intentado borrarle de la historia, convirtiendo el santo Evangelio que nos refiere su vida divina, en un cuento imaginario. Se le ha arrojado del

¹ Exclamaciones del alma a Dios, nº 17

gobierno de los pueblos con la proclamación de la gran herejía de los tiempos presentes, la libertad de cultos; se le quiere proscribir del seno de la familia con la secularización del matrimonio; se pretende arrojarle de la conciencia del individuo negando la fe y el mundo sobrenatural; y hasta se ha jurado guerra a muerte por sectas infernales a ese mismo Salvador del mundo residente por nuestro amor en la sagrada Hostia. ¿Y qué responde Jesús a este desafío? ¿cómo corresponde a tan incalificables ingratitud y agravios? ¡Ah! con nuevos prodigios de amor. Como se apareció doscientos años ha a la B. Margarita María de Alacoque, se aparece hoy día a su bondadoso y perseguido Vicario Pío IX, y le dice, mostrándole su divino Corazón con las espinas, llaga y cruz: “Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres y tan mal ha sido correspondido. Diles y recuérdales a mis hermanos cuánto les amo, para que sean todos felices viviendo vida de divino amor”. Y mientras en el universo mundo resuenan voces e infernal gritería contra su Dios y su Vicario, que claman: “Quítalo, quítalo de la sociedad, del mundo; crucifícale, crucifícale, porque reo es de muerte, porque alborota los Estados y perturba las conciencias...”, he ahí que resuena en los cuatro ángulos de la tierra una voz dulcísimo, voz de padre bondadoso y muy amado que fuertemente clama: “Hijos míos muy amados, ved el Corazón más hermoso que Dios ha creado, el Corazón de Jesús que de tal suerte os ha amado, que ha dado generosamente toda su sangre y aún su vida para probaros su finísimo amor. Pueblos, naciones, hombres todos, cuyos nombres lleva escritos en lo más secreto de este sagrario de amor, venid, entrad en ese asilo, amad, vivid. Venid al Corazón de Jesús, que es el único y verdadero Salvador del mundo. Entrad y habitad en este lugar de refugio, de paz y de amor. Amaos unos a otros como hermanos, como os he amado y os ama este divino Corazón. Vivid de su vida, vida del alma, vida de Dios. Consagraos a su amor, y seréis felices verdaderamente como lo es Jesús”. Y al oír esta voz del cielo, el mundo todo se ha conmovido, y se observa bullicioso movimiento en todos los corazones bien nacidos, que se dirigen a esta Arca santa, a guarecerse en este agujero de la peña contra las tempestades y diluvios de males que nos amenazan. ¡Oh qué hermoso espectáculo!

Y en este movimiento de corazones hacia el Centro de todos los corazones, ¿sólo los amantes de Teresa, que es toda de Jesús, quedarán rezagados? ¡Ah! no; mil veces no. Habríamos de renegar del dictado glorioso de amantes de Teresa de Jesús, de hijos de tan seráfica Madre, que renunció a todos los timbres y renombres de grandeza y nobleza humana, para apellidarse y ser meramente de Jesús. Entremos, pues, todos, amantes teresianos, por la llaga patente de este Corazón sagrado: nos convida a ello nuestro Padre amado el teresiano pontífice Pío IX, y nuestra querida Madre Teresa de Jesús. Entremos y habitemos en tan hermoso Corazón, y admiremos la anchura, longitud y profundidad de su amor. ¡Oh, qué bueno es estar aquí! ¡respirar el aire suave del celestial amor! ¡vivir vida divina, olvidados todos los cuidados y miserias del mundo! Esta es mi mansión y morada sempiterna: aquí viviré, aquí moriré, pues yo la he escogido.

As al entrar en el Corazón de Jesús, procurad cumplir los fines santísimos que se propone nuestro amado Padre Pío IX. Desagraviemos al Señor Jesús por el desamor e injurias de los hombres: en especial por la blasfemia, por la profanación de los días festivos, y por los falsos hermanos que quieren conciliar la luz con las tinieblas, Cristo con Belial, Jesús con Satanás. Pidamos a la animosa Teresa de Jesús nos haga todos de Jesús; que no haya pensamiento en nuestra mente, ni recuerdo en nuestra memoria, ni afecto en nuestro corazón que no sea y clame: ¡Viva Jesús, soy de Jesús, todo por Jesús!

¡Oh seráfica Virgen, Madre nuestra muy amada, Esposa enamorada de Jesús, santa Teresa! por tu medio quiero consagrarme en este día al Corazón de Jesús; por tu mediación consagro también al sagrado Corazón a todos los suscritores y lectores de tu **Revista**, en especial, tiernísima Madre mía, a todas tus hijas, que lo son ya del Corazón hermoso de Jesús y de María, las jóvenes católicas españolas. Tú que tienes las llaves del Corazón de Jesús, pues Jesús es de Teresa y Teresa es de Jesús, enciérranos en este cielo sereno de su Corazón adorable, para no salir más de él en el tiempo y por la eternidad. Llevas escritos en tu corazón seráfico los nombres de tus hijas: inscríbelos así mismo en el Corazón de tu Jesús, y no permitas jamás que el mundo o el demonio arranque uno sólo de estos nombres, para ti tan queridos, de este libro de la vida. Por ello al umbral de este Corazón adorable, antes de entrar y morar en ese Corazón sagrado, exclamaremos como tú, y ojalá con el mismo espíritu²: “¡Oh Dios mío y mi sabiduría infinita! ¡Oh amor que me amas más de lo que yo me puedo amar y entiendo! ¿Para qué quiero, Señor, desear más de lo que Vos quisierades darme? Quered Vos de mí lo que quisieredes querer, que eso quiero, pues está todo mi bien en contentaros. Que

² Exclamaciones 17 y 16

no, mi Dios y Señor mío Jesucristo, no, no más confianza en cosa que yo pueda querer para mí. No me castigéis en darme lo que yo quiero o deseo, si vuestro amor (que en mí vive siempre) no lo deseare. Muera ya este **yo**, y viva en mí otro, el buen Jesús, que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir; Jesús viva y me dé vida; él reine, y sea yo cautiva, que no quiere mi alma otra libertad. Quiero ser arrojada en este divino infierno, de donde no quiero esperar poder salir, entreñada en el sumo bien Cristo Jesús Mi amado Jesús a mí, y yo a mi Amado. ¿Quién será el que se meta a despartir, y a matar dos fuegos tan encendidos? Será trabajar en balde, porque ya se ha tornado en uno. Más quiero vivir y morir en pretender y esperar la vida eterna, morando dentro de este divino Corazón, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes que se han de acabar. No me desampares, Señor Jesús, porque en ti espero no sea confundida mi esperanza: sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres, pues a tu Corazón, oh Jesús de Teresa, eternamente quedo consagrado". Amén.

Enrique de Ossó, presbítero.

VOTO DE CONSAGRACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

¡Oh Jesús, mi Redentor y mi Dios! a pesar del grande amor que tenéis a los hombres, por cuya redención habéis derramado toda vuestra Sangre preciosísima, sois, sin embargo, no sólo poco correspondido por ellos, sino que más bien os veis ofendido y ultrajado, especialmente con sus blasfemias y con la profanación de los días festivos. ¡Ah! ¡pudiese yo dar a vuestro divino Corazón algún consuelo! ¡pudiese yo reparar tan grande ingratitud y el desdén con que os trata la mayor parte de vuestras propias criaturas! ¡Quisiera poderos mostrar cuánto deseo corresponder a vuestro amor y honrar este Corazón adorable y amantísimo en presencia de todos los hombres, para acrecentar vuestra gloria! ¡Quisiera alcanzar la conversión de los pecadores y despertar de la indiferencia a tantos otros que, aunque tienen la dicha de pertenecer a vuestra Iglesia, no celan sin embargo los intereses de vuestra gloria y de esta misma Iglesia, que es vuestra esposa!

¡Quisiera asimismo alcanzar que esos católicos que, si bien no dejan de mostrarse tales por muchísimas obras exteriores de caridad, tenaces no obstante en sus opiniones, rehúsan someterse a las decisiones de la Santa Sede o mantienen aficiones o sentimientos poco conformes con su magisterio, que tales católicos, digo, conociesen su error, persuadiéndose de que quien en todo no escucha a la Iglesia, tampoco escucha a Dios que está con ella!

Para alcanzar estos tres santos fines y para lograr además el triunfo y la paz duradera de vuestra Esposa inmaculada, el bienestar y prosperidad de vuestro Vicario acá en la tierra y ver cumplidas sus santas intenciones, y al propio tiempo para que todo el clero se santifique más y más, y se os haga más y más agradable, y además por tantos otros fines que Vos, Jesús mío, sabéis son conformes a vuestra divina voluntad y que pueden de cualquier modo que sea servir a la conversión de los pecadores y a la santificación de los justos, a fin de que un día alcancemos todos la salvación eterna de nuestras almas, y finalmente porque sé, oh Jesús mío, que hago una cosa agradable a vuestro dulcísimo Corazón, postrado a vuestros pies, en presencia de la santísima Virgen y de toda la Corte celestial, protesto solemnemente que por todo título de justicia y de gratitud pertenezco entera y únicamente a Vos, Redentor mío Jesucristo, fuente única de todo bien para el alma y para el cuerpo. Y uniéndome a las intenciones del Soberano Pontífice, me consagro con todo lo que me pertenece a vuestro sagrado Corazón, a quien deseo amar y servir con toda mi alma y corazón, con todas mis fuerzas, sin tener otra voluntad que la vuestra y uniendo mis deseos a los vuestros.

Finalmente, como testimonio público de esta consagración que de mí mismo os hago, prometo solemnemente a Vos ¡oh Dios mío! querer en adelante, por el honor de este mismo sagrado Corazón, observar constantemente según los mandamientos de la santa Iglesia las fiestas de precepto, procurando su santificación por todos aquellos sobre quienes puedo tener influencia o autoridad.

Reuniendo, pues, en vuestro bondadoso Corazón todos estos santos deseos y buenos propósitos que vuestra gracia me inspira, confío poder darle de esta suerte una como compensación por tantas injurias que recibe de los ingratos hijos de los hombres, y hallar para mi alma y para las de todos mis prójimos la felicidad en esta vida y en la otra. Así sea.

¡OH QUÉ GRAN SANTA ES SANTA TERESA DE JESÚS!

Santa Teresa de Jesús nos asista.
(Pío Papa IX)

II

Verdaderamente es gran Santa, santa Teresa de Jesús, habrán exclamado con Pío IX varias veces nuestros queridos lectores al leer el comentario que hicimos a esta exclamación augusta. Y como es cosa ésta que puede mover los corazones muy eficazmente al amor y veneración de la Heroína santa española, queremos alegar o desenvolver otras consideraciones que sólo apuntamos en el artículo anterior³.

Que santa Teresa de Jesús sea gran Santa, nadie podrá negarlo, a no ser quien ignore qué cosa es una Santa, o quién es Teresa de Jesús; pero que sea de las más grandes Santas, o la más grande Santa que hay en el cielo después de la incomparable Madre de Dios, por ventura no todos convendrán en ello. Veamos si con nuestras fundadas indicaciones logramos llevar el convencimiento de esta verdad a todos los corazones que esto lean, con el fin único (Dios lo sabe) de que sea más glorificado el Señor en su Santa, y se cobre mayor confianza al invocar en los males gravísimos que nos aquejan a santa Teresa de Jesús, Patrona de las Españas, a la que en vida ya llamaban los buenos españoles **la mujer que todo lo puede**.

Santa Teresa de Jesús es la más gran Santa después de la Madre de Dios. Pruébese por la doctrina de santo Tomás que enseña⁴, que los Padres y Maestros de la Iglesia universal, cuales fueron los Apóstoles, debían exceder en perfección y santidad a todos los otros Santos, de modo que califica de temerario al que osare igualar otros santos a los Apóstoles. Por lo que concluyen sabiamente los Auditores de la sagrada Rota, en la relación de las virtudes de santa Teresa de Jesús, proporción habida lo mismo puede afirmarse de los Padres o Fundadores de las Órdenes religiosas, a los que Dios ha dotado de tan grande santidad que excede a la que alcanzaron todos sus hijos. Esto puede confirmarse con los ejemplos de los Santos fundadores, san Basilio, Benedicto, Agustín, Bernardo, Domingo, Francisco y otros. Y en verdad, muy conforme es a justicia y razón que sean más que los otros perfectos los que son elegidos para perfeccionar a los demás.

Ahora bien: Teresa de Jesús fue elegida por Dios para formar la Orden del Carmen a la más alta perfección, e introducir nueva Reforma en la misma religión, no sólo de mujeres, cosa común en la Iglesia, sino en los hombres, cosa singular en Teresa de Jesús, sin ejemplo en la historia. Es cierto además que en dicha Reforma santa de Carmelitas Descalzos han vivido y viven varones y mujeres de gran santidad. Luego debemos convenir en que la divina Providencia adornó de tan gran santidad a Teresa de Jesús que pudiese ser y de hecho fuese digna Madre y Maestra de tan perfectos hijos. Y como sólo Teresa de Jesús entre todas las mujeres, entre todas las santas que la Iglesia celebra, es la única que tuvo la gloria de ser Padre y Madre a la vez, Maestra y guía de una Religión de varones esclarecidos, por eso en Teresa sola se halla esta gracia singular, debiendo por consiguiente bajo este concepto aventajar a todas las otras Santas en santidad, en excelencia.

Este designio admirable de la providencia de Dios sobre Teresa de Jesús explica el por qué dotóla el Señor de aquél ánimo real, varonil e invencible, que ella misma reconocía en sí tantas veces cuando afirma, que no es nada mujer, que tiene recio corazón, que está obligada a no ser cobarde, que no le gustan los melindres y pequeñeces de espíritu.

Nueva Débora de la gracia, según confesión del Papa Gregorio XV en la Bula de su canonización, Teresa de Jesús fue destinada por capitana invencible y generalísima del ejército de los fuertes que batallan las batallas del Dios de Sabaoth. Ella tuvo misión especial, trascendiendo la debilidad de su sexo, de comandar y acaudillar el ejército numerosísimo y sobremanera esforzado y escogido de los hijos del Carmelo, que se glorían de tener por fundador al celoso Elías, y por madre y singular Patrona a la vencedora del infierno y de todas las herejías, María inmaculada. Alma real, pues, de santidad sin igual debía de ser Teresa de Jesús para cumplir perfectamente fin tan alto, que no señaló la Providencia a otra mujer, después de la gran Madre de Dios. Que Dios no es como los hombres, que dan un empleo muchas veces a quien no tiene las partes para desempeñarlo cumplidamente. Además, no podemos dudar que Jesús que se complace en oír los ruegos de los que le temen y satisfacer sus santos deseos, no podemos dudar, digo, que satisfaría cumplidamente las ansias vivas de

³ Núm. 30, correspondiente a abril de este año.

⁴ En la exposición de la Epíst. A los Efesios, c. 1, lección III.

su enamorada Esposa Teresa, la cual, herida con la saeta encendida del celo de la honra de Dios y aumento de su Iglesia, exclamaba repetidas veces en un exceso de amor: “Holgárame, Señor y Esposo mío, de ver en la tierra y en el cielo a otras criaturas con más gloria que la mía; pero ¡ay! no sé si podría poner a paciencia el ver a otra criatura que pretenda amarnos más que yo”.

Quien, pues, venía a vencer, hollar y cocear al caudillo de los soberbios, al príncipe de este mundo, Satanás; la que estaba destinada por Dios a confundir con su ejemplo y virtudes a los herejes más malignos que la Iglesia ha tenido, los protestantes, y con sus escritos y celestial sabiduría a todas las herejías de todos los tiempos; quien debía representar gloriosa y dignamente el tipo de mujer católica y por añadidura española en el siglo XVI, en que España era la primera en ciencias, en artes, en literatura, en dominación, en santidad; la Santa, en fin, que debía resumir todas las grandezas del siglo más grande de la Iglesia, - debía brillar como un astro de primera magnitud en el cielo del Catolicismo, a fin de que con su brillo y extraordinario resplandor cautivase las miradas, no sólo del fiel observador, sino aún de la gente distraída. Así brilla en verdad el nombre de Teresa de Jesús en el cielo de la Iglesia católica, nombre benditísimo que pasa con aplauso de generación en generación, nombre augusto ante el cual se descubren sabios protestantes tan renombrados como Leibnitz, y mujeres tan doctas como Catalina de Suecia; obispos católicos tan célebres como Bossuet, y filósofos tan profundos como nuestro malogrado Balmes; Papas tan esclarecidos como Gregorio XV, Benedicto XIV y Pío IX el grande, lo mismo que Santos tan doctos y dulcísimos como san Francisco de Sales y san Alfonso María de Liborio. No ya de maravillarse es que universidades y pueblos, grandes reyes, y príncipes y nobles de la tierra, damas del gran mundo y religiosas recogidas, ancianos venerables y tiernas doncellas, todos, todos pronuncien con amor bañado de respeto y entusiasmo santo el nombre suavísimo de la gran Teresa de Jesús; todos la confiesen Santa, gran Santa, incomparable Santa después de la gran Madre de Dios; la Santa que tiene las llaves del Corazón de Jesús y por ende de todos sus tesoros; la que tiene las llaves de la devoción a María y a san José. Bien, pues, se ha dicho que quien bien ame a la incomparable santa Teresa de Jesús y le haga obsequios según su mérito, debe estar seguro de alcanzar de Jesús, María y José cuanto solicite, pues tiene de su parte a la que posee las llaves de los tesoros de bendición que encerrados se hallan en la devoción a Jesús, María y José, y está encargada de un modo especial de mirar por su honra.

¡Dichosos nosotros, amados míos, si sabemos obligar a Teresa de Jesús a que abra con sus llaves los tesoros de bendiciones que el Señor Jesús, María y José tienen suspendidos sobre nuestras cabezas, sobre la pecadora España, y que las nubes de nuestros pecados retardan el momento de abrirse por mano que tanto nos ama! ¡oh cómo todos los males huirían y vendrían todos los bienes! ¿Cuándo vendrá este día, este suspirado momento? ¡oh cuánto se tarda! ¡Dios mío, si lo hemos por fin de ver! Santa Teresa de Jesús, Patrona de las Españas, celadora de la fe, ¿por qué lo retardas?... Hermanos míos españoles, ayudémosla con nuestra oración y buenas obras, y se hará el milagro pronto. En el mes del Corazón de Jesús de Teresa... ¡cuánto debemos orar y confiar!

E. de O.

LA IGLESIA, SANTA TERESA Y NOSOTROS

II

Decíamos en nuestro artículo anterior que Teresa de Jesús merece un puesto distinguido entre los grandes amigos y campeones del Papado, como lo tiene entre los Santos y Doctores de la Iglesia. Y con razón. Su inquebrantable adhesión a la Iglesia romana y sumisión absoluta a la Sede de Pedro, tan rudamente combatida en sus días por los protestantes, que la Santa designa con el nombre específico de **Luteranos**, y su celo por la defensa de los intereses de entrambas, que son unos mismos intereses, le inspiraron la más grande de sus obras, la reforma del Carmelo. Dejemos que hable ella misma: “Al principio, dice, que se comenzó a fundar este monasterio..., no era mi intención hubiese tanta aspereza en lo exterior ni fuese sin renta, antes quisiera que hubiese posibilidad, para que no faltara nada; en fin, como flaca y ruin, aunque algunos buenos intentos llevaba, mas que mi regalo. En este tiempo vinieron a mí noticia los daños y estragos que habían hecho en Francia los luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Fatigábame mucho, y como si yo pudiera algo, o

fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba removiese tanto mal. Apréciame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, toda mi ansia era y es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos. Determiné hacer ese poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que pudiese, y procurar que estas poquitas, que están aquí, hiciesen lo mismo..., y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen, a los que ha hecho tanto bien, que parece lo quieren tornar ahora a la cruz estos traidores, y que no tuviese a donde reclinar la cabeza”.

Luego, hablando a sus monjas, las apostrofa con estas ardientes palabras: “Oh hermanas mías en Cristo, ayudadme a suplicar esto al Señor, que para esto os juntó aquí; este es vuestro llamamiento; estos han de ser vuestros negocios; estos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; estas vuestras peticiones... Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, quieren poner su Iglesia por el suelo, y ¿hemos de gastar el tiempo en negocios de poca importancia?”. “Para dos cosas, continúa más adelante⁵, os pido yo procuréis ser tales que merezcáis alcanzarlas de Dios. La una que haya muchos de los muy mucho letrados y religiosos que hay, que tengan las partes que son menester... y a los que no están muy dispuestos, los disponga el Señor, que más hará uno perfecto que muchos que no lo estén. La otra, que después de puestos en la pelea... los tenga el Señor de su mano, para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oídos en este peligroso mar del canto de las sirenas”.

En fin, dirigiéndose al Señor, derrama su gran corazón en esta fervorosa súplica: “Cuando os pidiéramos honras, no nos oigáis, o rentas, o dinero, o cosa que sepa a mundo; mas para honra de vuestro Hijo ¿por qué no habéis de oír, oh Padre eterno, a quien perdiera mil honras y mil vidas por Vos?... Pues, Criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo, y por más contentaros a Vos, que mandaste nos amase, sea tenido en tan poco, como hoy día tienen estos herejes al santísimo Sacramento, que le quitan sus posadas deshaciendo las iglesias? ... Habed lástima, Dios mío, de tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra Iglesia. No permitáis ya más daños en la cristiandad, Señor, dad ya luz a estas tinieblas”.

El pensamiento que había presidido a la reforma de las monjas, inspiró también a Teresa la de los frailes. No sólo esto, sino que preocupó tan de lleno su ánimo, que se manifestaba con entera espontaneidad en los más comunes actos de su vida. “Quién no recuerda la súbita y resuelta repulsa que llevó una doncella sabidilla, pretendiente de monja, en quien la Santa sospechó una disposición latente a los errores de la época? **Traeré, Madre, una Biblia que tengo**, dijo aquella la vigilia de su vestición. **¡Biblia, hija mía!** repuso instantáneamente la Santa. **No vengas; no tenemos necesidad de ti y de tu Biblia.** Y la despidió. No ignoraba Teresa qué es la Biblia. La respetaba como palabra de Dios y la leía; y bien se ve en sus escritos los tesoros de alta sabiduría que de ella sacara. Pero temía su lectura para las almas débiles; y ella misma consultaba con los más doctos teólogos de su tiempo sus dificultades. Al ilustrado espíritu de Teresa no se ocultaban el carácter y las tendencias de las personas que en el siglo XVI afectaban tanto celo por la Biblia. Veía en este celo una tendencia hacia el protestantismo, que tan lamentablemente abusaba de las santas Escrituras; y ninguna precaución le parecía excusada para prevenir la tentación, a que tantas personas poco cautas sucumbieron, siendo una de éstas la joven de la Biblia, que dio con su Biblia en la Inquisición”⁶.

La gloria de Dios y la salvación de las almas, gravísimamente comprometidas en la inmensa perturbación que agitaba a la Iglesia; la Iglesia, es decir, el Pontificado y todo el cuerpo sacerdotal y jerárquico, que ella en su estilo pintoresco llama el **Brazo eclesiástico** y los **Capitanes de la ciudad**, eran el objeto por que vivía. Como si toda la responsabilidad de aquella peligrosísima guerra de conciencias pesara sobre ella, Teresa velaba atenta sobre el campo del combate, estaba en acecho de las maniobras del enemigo, adivinaba las emboscadas, preveía los peligros, tocaba oportunamente alarma, y animaba a los combatientes, para quienes pedía auxilio al cielo y a la tierra. Séanos permitido copiar una página, no de escritor español, a quien podría mirarse como sospechoso de parcialidad hacia nuestra ilustre Paisana, sino a un extranjero, de quien esta circunstancia y las censuras, quizás

⁵ Camino de perfección, cap. III

⁶ Vid. Malou, Lectura de la Biblia, cap. VII

poco justas, que mientras elogia a nuestra Santa dirige a otra de nuestras más preciadas glorias nacionales⁷, censuras que no tenemos necesidad ni gusto de repetir aquí, alejan aquella nota.

“Entre tanto, dice el P. Ventura de Ráulica⁸, otra mujer, santa Teresa, hacía prodigios para cerrar a la herejía protestante las puertas de España. Esta ilustre virgen es mirada con razón por todos los escritores eclesiásticos como una de las más grandes e imponentes figuras de la Iglesia católica en estos últimos tiempos. En efecto, reuniendo al celo de los Apóstoles la pureza y el amor a Dios de los Ángeles, y abrazando en la grandeza de su caridad el cuidado de la salvación de todos con el mismo ardor que el de la suya propia, concibió la idea de restaurar las glorias del Carmelo, con el fin de despertar por medio de grandes ejemplos el espíritu de penitencia, de oración y de piedad, adormecido desde tiempo en su patria... Pero la mayor gloria, la verdadera gloria de santa Teresa, no consistió en haber establecido la verdadera piedad en España, sino en haber contribuido más que todos a sostener la integridad de la verdadera fe. Ella sin perder jamás de vista a los herejes que habían conseguido introducirse en esta católica nación, los señalaba a la vigilancia del clero y a la reprensión de la autoridad. Es indudable que el rey Felipe II fue el único soberano que no transigió con la herejía, que recibió sin tantas formalidades el Concilio de Trento y sus reformas eclesiásticas en sus estados, y que puso todas sus riquezas y su poder a disposición de la Iglesia. Pero además de la feliz influencia que una piadosa Princesa de la casa de Francia, la reina Isabel, ejerció sobre Felipe II para afirmarle en esta conducta, que hizo de él el verdadero monarca católico de su época, se sabe que esta princesa se valía mucho de los consejos de santa Teresa. Así, pues, santa Teresa, cuyos inmortales escritos la han hecho el príncipe de los teólogos místicos del siglo XVI, puede ser considerada también como el martillo de la herejía de la misma época, el sostén del Catolicismo, el personaje más elevado y el apóstol de España”.

El retrato de la Santa es magnífico y trazado de mano maestra; no necesita ni consiente nuevas pinceladas. Digamos, sin embargo, para gloria de Teresa, que muchos y muchos se han esmerado, bajo la enseñanza carmelitana y no sin éxito, en copiarlo. Hablamos de los religiosos y religiosas de la Descalcez, que dignos hijos de tan digna Madre se han hecho un deber y una gloria de imitarla, habiendo encontrado siempre la Iglesia en los Descalzos y Descalzas el amor y la abnegación que Teresa inspirara a su reforma, y de los cuales diera tan relevantes muestras. ¡Ah! **cuando vuestras oraciones, y deseos, y disciplinas y ayunos**, decía la santa Madre a sus hijas⁹, y no lo decía en vano, **no se emplearan para esto que he dicho**, es decir, a favor de la Iglesia, **pensad que no sabéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor**. En cuanto a los Descalzos, la historia eclesiástica, la de las misiones especialmente, dice muy alto si han, o no, correspondido al objeto de su institución, y lo saben perfectamente los enemigos de la Iglesia, que por esto han perseguido y persiguen siempre con creciente encono las Órdenes religiosas y con preferencia las más fervorosas, de las cuales es una la Descalcez.

La adhesión de Teresa a la santa Iglesia fue estrechísima e inquebrantable. “Sabía bien de mí, dice la Santa¹⁰, que en cosa de fe contra la menor ceremonia de la Iglesia, o por cualquier verdad de la sagrada Escritura, me podría yo a morir mil muertes”. La amaba con un amor tierno, activo, intensísimo. Sensible a sus quebrantos, lo mismo que a sus glorias, Teresa fue toda para la Iglesia, habiéndole consagrado la vida y mil vidas en las de tantos que en la sucesión de los siglos han formado y formarán su dilatada familia espiritual. Este sí que es amor y abnegación, como hay pocos, comparable sólo al amor y abnegación de madre. ¿Sería Teresa, por ventura, Madre de la Iglesia? **Nueva Débora** la llamó el papa Gregorio XV en un solemne documento y es la verdad que Débora no ambicionó otro título que el de Madre en su pueblo: **Mater in Israel**. Mas no, no la llamemos Madre: Teresa es más modesta; llamémosla como se llamó ella; llamémosla hija de la Iglesia. **Yo soy hija de la Iglesia**, decía, y saboreaba entre las amarguras de la muerte tan dulce nombre. ¡Hombres del siglo XIX! ¿Os atrevéis a tanto? ¿Os atrevéis a llamaros hijos de la Iglesia? ¿Os aríais en presencia de la muerte invocar este título como motivo de confianza y salvación?

+ BENITO, Obispo de Tortosa

⁷ Felipe II

⁸ La Mujer católica, parte II, pág. 61

⁹ Camino de perfección, cap. III, 5

¹⁰ Vida, cap. XXXIII, 3

A LAS JÓVENES CATÓLICAS DE CATALUÑA

CARTA III

“En cosas de la fe me hallo, a mi parecer, con muy mayor fortaleza. Paréceme a mí, que contratados los luteranos me pondría yo a hacerles entender su yerro” (Carta 12 de santa Teresa de Jesús a uno e sus confesores, nº 15)

Bien podía la graciosa Castellana entablar saludables polémicas con luteranos y con toda clase de herejes. Mucho más delicado es habérselas con tibios, pues entre ellos hay muy refinada perfidia; y con todo, la muy hábil maestra contendía con esa especie de amigos de sí mismos que concentrando en un corazón seducido mil idolatrías, al cabo a nadie ni nada adoran sino a sí mismos.

Como no era nada mujer en cosa de aflicciones y trabajos, pues tenía recio corazón, nº 13 de la **Carta** citada, a todas partes llegaba a tiempo con admirable discreción, de tal modo, que ni sus palabras eran vanas, ni tardas sus obras.

Iba siempre derecha al propósito de su vocación. Casta, humilde, laboriosa y perseverante, parecían doblarse sus fuerzas en medio de los obstáculos, que los peligros ya conocía la manera o de vencerlos o de evitarlos.

Es de mucha luz el recato, ayuda poderosamente el consejo; la reflexión conforta, y con un **Dios sobre todo**, y abrazadas a un crucifijo, hacen las jóvenes prodigios de valor.

¿Quién puede penetrar el secreto del poder del temor de Dios? ¿quién sería bastante ágil para llevar cuenta de los quilates que atesora un corazón casto, guardador de las gracias de Jesús?

Como acerca de esto se ven cosas que imponen aún a los mundanos, excusado es decir cuánto ponderan en la balanza del amor a Dios el santo recogimiento y la vigilancia cristiana. Se forman los caracteres dignos en la escuela de un retiro discreto, y de la soledad con Dios. Allí se oye sintiendo, se habla sin modos ni formas de argumentar; y no obstante hay coloquios, hay preguntas de sollozos y de ternura, hay accidentes que contristan a saludable enmienda e inquietan piadosamente; hay fuerza, porque hay virtud.

Desistir de la buena obra comenzada no supone **recio corazón**. Índoles que vacilan, o se doblegan. O temen donde no se debe temer, o se apasionan pronto para disiparse de prisa, o ceden, o se acomodan a cosas no decentes por respetos humanos, siempre van expuestas a caer desaladas. Para subir es menester algún descanso. Extiéndanse las alas del amor de Dios para que el vaso de barro sostenido por divino auxilio no se haga pedazos en caída ruidosa. “Póngome en los brazos de Dios, y fío de mis deseos, que estos cierto entiendo son morir por él, y perder todo el descanso, y venga lo que viniere” (Nº 16 de dicha **Carta**).

¡Santa confianza! La joven católica que abrazada a Jesús diga: - Venga lo que viniere, - no tema por su honor, ni por su suerte, ni se arredre, ni amilane. ¡Calma! ¡Calma en los designios de Dios! Quién en él fía, no sufre menoscabo.

Os bendice y pide oraciones

+ El Obispo de Jaén

EJERCICIOS ESPIRITUALES

DE LAS JÓVENES CATÓLICAS TERESIANAS DE TORTOSA

Para cumplir con el deber que me impone el cargo que entre las jóvenes católicas Hijas de María inmaculada y Teresa de Jesús de Tortosa me cabe el honor de desempeñar, haré un sucinto resumen de los ejercicios espirituales que en esta ciudad acaba de hacer la Asociación. No los reseñaré extensamente, porque después de haber leído los suscritores a la Revista los fervorosos y elegantes relatos de los que tuvieron lugar en Calaceite, Ulldecona y Benicarló, escritos por las respectivas secretarías, debería causarle tedio con la repetición de pormenores que son análogos en estos medios de santificación.

Yo solamente bajo la influencia de los sentimientos, afectos e impresiones que nuestros corazones han experimentado durante estos días, voy a consignar algo del piadoso objeto que los ha motivado, que es la práctica más santa sin duda que prescribe nuestro Reglamento.

El sábado, día primero de mayo, a las cinco y media de la tarde, el celosísimo señor Fundador de nuestra admirable Asociación, el Pbro. D. Enrique de Ossó, inauguró los ejercicios con el acto de preparación en la iglesia de San Antonio, a la que concurrieron muchísimas jóvenes Teresianas, que con el mayor recogimiento e indecible atención, aún las más pequeñas, hicieron la meditación y escucharon la plática preparatoria.

El día siguiente y los sucesivos, a las cuatro y media de la mañana, se celebraba una misa para las jóvenes que por sus obligaciones no podían oír la de las seis. A las cinco y cuarto empezaba la lectura y meditación; luego después la misa, durante la cual se leían los ejercicios del mes de Mayo, y concluidos éstos, la plática que solía terminar a las siete y media o a las ocho menos cuarto, hora en que las asociadas asistentes se retiraban a sus respectivas casas para ocupar el tiempo conforme a la distribución hecha por el señor Director, en escrito entregado a las celadoras, y por éstas repartido individualmente a sus hermanas de coro, el domingo inmediato precedente, en la junta que celebró para la preparación de los santos ejercicios; cuyo escrito contenía lo que debía practicarse, según a cada cual sus peculiares ocupaciones se lo permitiera, hasta la hora de asistir al acto de la tarde, que tenía lugar a las cinco y media. Este consistía en lectura, meditación, santo rosario y plática que decía el distinguido orador sagrado y dignísimo Director de la Asociación Teresiana en el pueblo de Alcanar, el Dr. D. Froilán Beltrán.

Cinco días han durado, que han transcurrido como cinco instantes, y jamás se borrarán de la memoria de estas jóvenes fervorosas, en cuyos corazones se ha arraigado más y más la piedad cristiana, principio eterno de nuestra ventura eterna y aún de la temporal, y antídoto más necesario hoy que nunca para preservarse del veneno que en los corazones de los españoles hacen inauditos esfuerzos para inocular la incredulidad y la inmoralidad descaradas y sin rebozo. Sí, indudablemente han debido quedar impresas en las almas de todas las jóvenes ejercitandas las dulces impresiones de los citados días, y en particular de los dos últimos.

El miércoles por la tarde al llegar a la iglesia, no pudo menos de sorprender agradablemente a todas el cambio que se había obrado en el altar mayor, adornado ingeniosamente: había desaparecido todo aspecto de tristeza; la santísima y venerada imagen de Jesús crucificado, que estaba bajo magnífico dosel, fue reemplazada por la de nuestra idolatrada Madre la Reina de las vírgenes, acompañada de su castísimo Esposo san José y de nuestra adorada Madre santa Teresa de Jesús, que juntamente con el santo Ángel Custodio, eran los patronos y abogados de los santos ejercicios. La plática de ese día versó sobre la verdadera devoción. ¡Oh! y ¡qué bien nos la pintó el reverendo señor Director de las Teresianas de Alcanar! ¡Y cómo nos enseñó a ejercitarla cada cual en su respectivo estado!... “A todas os es, nos decía, facilísimo ir a la gloria: basta únicamente que hagáis bien, y ofrezcáis a mayor honra y gloria de Dios cuánto hacéis; con la escoba, con la aguja en la mano, podéis salvaros. No practiquéis la virtud por rutina, procurad adquirirla sólidamente, la cual no es fastidiosa, ni triste, melancólica y desaliñada como os imagináis; por el contrario, es dulce, jovial, amable y agradable”. ¡Ay, señor Director! lo sabíamos ya por experiencia; pero el **negrillo** pone tal empeño en desacreditarla, que desgraciadamente nos ha atormentado aquella idea muchas veces. Pero no, no sucederá más; se imprimió de tal manera en nuestras almas todo lo que V. nos dijo de ella, que a la primera que intente hacer de las tuyas, le dejamos confundido para siempre.

El jueves, día de la Ascensión del Señor, a las siete y media de la mañana el Il. Sr. Canónigo magistral, D. Francisco Vilaret, celebró la misa de Comunión general con acompañamiento de armonium, y previa una fervorosa y muy sentida plática hecha por el Pbro. E. Enrique de Ossó, se distribuyó el Pan eucarístico a más de seiscientas jóvenes Teresianas, purificadas en los días anteriores con una confesión general.

A las once se expuso S. D. M. hasta las doce; se hizo el cuarto de hora de oración y sermón que predicó después el Pbro. D. Froilán Beltrán. ¡Qué dulces emociones experimentamos durante esta hora, que pasó como un sueño, escuchando al digno orador que nos exhortaba a la perseverancia y nos hablaba de la gloriosa Ascensión de Jesucristo a los cielos! Sobre todo cuando poseído de un santo entusiasmo quiso arrebatar todos los corazones y subirlos con Jesús a la gloria, ¡oh! entonces no hubo una joven siquiera que con igual entusiasmo no le ofreciese todo entero, y exclamase interiormente: Sí, sí; arranque V. este corazón y llévelo arriba al lado de mis buenas Madres María inmaculada y Teresa de Jesús; hoy está puro, fresco y lozano; mañana, si permanece en este miserable valle de lágrimas, puede marchitarse. ¡Puede marchitarse! Este pensamiento hubiera contristado nuestra dulce alegría, pero dirigimos una suplicante mirada a nuestras queridas Madres, que acudieron solícitas en

auxilio nuestro, en la segura confianza de conservarlos puros y hermosos con el celeste rocío que sin cesar nos prodigan desde su esplendente trono de gloria.

Por la tarde a las tres y media comenzó la solemnísimas función, digno y magnífico remate de los santos días que la precedieron. Diose principio con un bellissimo Trisagio, que cantó un coro de niñas hijas de María y Teresa de Jesús, acompañadas del armonium; y luego después, mientras las mismas desprendían sus dulces acentos con la patética y conmovedora plegaria de las hijas de Teresa a su Madre, nuestro ilustrísimo Prelado, impulsado de su incansable celo pastoral y con la bondad que le es característica, dirigióse a la cátedra sagrada. Su venerable presencia llena siempre de un justo júbilo a las jóvenes Teresianas; nunca hubieran creído ellas merecer tanta distinción, y por lo mismo al verse en este día por tercera vez honradas de un modo tan especial, no pueden menos de ofrecer a S. S. I. el homenaje de su profunda gratitud. Mas ¿cómo podrán, Ilmo. Señor, pagar una pobres jóvenes tamaños favores?... Lo hemos comprendido; los pagaremos esmerándonos cada día más y más, no sólo en imitar a aquellas de que, con orgullo, llevamos el honroso título de Hijas suyas, sino rogando también encarecidamente a Jesús de Teresa derrame sobre V. S. I. toda suerte de gracias y bendiciones, y se digne conservar su preciosa existencia para el bien de la Iglesia que os está confiada.

¡Con cuánto gusto y entusiasmo fue acogida la enérgica palabra del señor Obispo, palabra de padre y pastor de nuestras almas! pero sobre todo, la consoladora frase por la que principió su elocuente discurso. Esto es: **Que esperaba confiadísimo que todas las hijas de María y Teresa de Jesús iríamos al cielo, por poco que nos ayudásemos.** Mostró cuán útiles y provechosos eran los santos ejercicios que acabábamos de hacer; indicó algunas prácticas como medio de perseverancia, haciéndonos ver que era fácil perseverar con la gracia de Dios y la ayuda y ejemplos de María y Teresa de Jesús. Nos animó a despreciar el **qué dirán** que a tantas almas retrae del camino del cielo. “Os dirán beatas, devotas, nos decía, si cumplís como buenas cristianas las promesas del santo Bautismo; pero si no las cumplís ¿qué se dirá de vosotras? ¿No sabéis que en el mundo de todo se murmura? Pues, despreciad esas murmuraciones injustas, y seguid vuestro camino del cielo. Dios y vuestra Madre Teresa de Jesús y todos los buenos aprobarán vuestra conducta cristiana, y bien sabéis que ellos son los que habéis de procurar contentar siempre. Procurad, añadía, oír todos los días que podáis la santa misa, cosa que no os será difícil, madrugando un poquito, y sin que por ello faltéis a vuestras obligaciones”.

Recomendó el **cuarto de hora de oración** como uno de los medios más eficaces para perseverar en la virtud. “Nadie se excuse que no tiene tiempo, advertía tan celoso Pastor, para dedicar este breve espacio de tiempo al negocio más importante de la salvación eterna. En medio de las ocupaciones domésticas podéis orar, sí, como santa Catalina de Sena, sabéis hacer un oratorio en vuestro corazón y recogeros allí para adorar y amar a vuestro Dios. Entre los pucheros anda también el Señor, como enseña nuestra seráfica Madre y Doctora santa Teresa de Jesús”.

Pero en medio del contento y satisfacción que manifestó, un recuerdo vivo vino a afectarle (y a afectarnos) dolorosamente. Dijo se había hablado mucho y no favorablemente en algunos pueblos de las jóvenes tortosinas, pero no tuvo por conveniente repetir lo que se había dicho de ellas.

Uniendo nosotras esta incompleta frase a un secreto que debía decirnos nuestro Vice-Director en la mañana siguiente, según nos había prometido, hacíamos mil conjeturas sobre lo que podía ser, y sentíamos no haberlo oído solas. ¿Cómo se compagina, decíamos, que las jóvenes tortosinas hayamos dado motivos de escándalo, y a que se hable desfavorablemente de nosotras, cuando nuestro mismo Prelado nos acaba de decir que espera confiadísimo que todas iremos al cielo? ¿Qué pensarán, decíamos también después, los señores sacerdotes forasteros que lo han oído, y que nos tienen en tan buen concepto? (lo sabíamos positivamente). ¡Cómo cantarán victoria las Teresianas de otros pueblos, creyendo ya exclusivamente suya la bandera Teresiana enarbolada por las tortosinas, y que es objeto de toda su ambición! Pero esperemos; la revelación del secreto, tal vez nos lo descifrará todo.

Con un solemne **Te Deum** y la bendición del santísimo Sacramento terminó la función de aquella tarde, o sea despedida.

Llegaron por fin las seis de la mañana del viernes, hora en que debía satisfacerse nuestra impaciente curiosidad; el digno Director de la **Revista**, después de su plática de despedido, nos dijo era una misma cosa la interminada frase del señor Obispo y su secreto, que por cierto nos dejó confundidas y... avergonzadas.

¡Sabéis que voy a hacer, hermanas mías? aunque no sea más que por mi condición de mujer (recordaréis se nos dijo no ofrecíamos muy buenas garantías en saber guardarlos), voy a violar ese secreto. Pues bien, se ha tachado a las jóvenes Tortosinas de ligeras; se les atribuye ese tono afectado, enemigo del candor, y qué sé yo cuántas cosas más que la pluma se resiste a escribir. Ignoramos qué motivo ha podido dar lugar a hacer formar semejantes conceptos; pero creemos poder asegurar, sin faltar a la modestia, que no los merecen la generalidad de las jóvenes tortosinas, y mucho menos las que tenemos la alta honra de titularnos Hijas de María inmaculada y Teresa de Jesús.

Deseabais una justificación; vedla ahí, jóvenes mías: nada conseguiréis sin embargo con ella; porque no basta el que vosotras seáis modestas y virtuosas; debéis inculcar lo mismo a vuestras hermanas, amigas o conocidas, procurando que todas las jóvenes de esta ciudad os hagan compañía perteneciendo a esa admirable Asociación, que no trata, como equivocadamente creen, de hacerlas monjas, sino que sólo se propone cumplan con los deberes de verdaderas cristianas y adquieran un alma bella, dentro un cuerpo también bello, porque el aseo y limpieza exterior acompañado de la modestia, representa en cierto modo el arreglo y buen orden que reina en el interior; únicamente así lograréis vuestro deseo y será completa vuestra justificación, porque habrá completa regeneración. Así nos lo decía nuestro celoso Director de los santos ejercicios: "Desgraciada la joven católica que se contente con salvar su alma sola; muy expuesta está a condenarse. Al menos no tiene el espíritu de santa Teresa de Jesús, que es todo celo por la salvación de las almas. Todas debéis ir acompañadas al cielo, quien como capitana, quien como generala, llevando en pos de sí con su ejemplo y oraciones innumerables almas a Jesucristo".

Por no hacer demasiado largo este relato, omito la narración de las muchas gracias que el buen Jesús y su Teresa han dispensado a las jóvenes ejercitandas por medio del infatigable celo de sus dignos ministros. Los hechos edificantes suplirán mi omisión. El Señor recompense abundantemente a tan celosos sacerdotes su trabajo, y les colme de infinitas gracias.

Así lo piden justamente agradecidas las Hijas de la que lo es de condición, santa Teresa de Jesús.

Mª de la C. B. y B.

EL SANTO JUBILEO Y LOS NIÑOS DE LAS CATEQUÍSTICAS DE TORTOSA

Tierno, edificante y consolador en extremo fue el espectáculo que ofrecieron los niños y niñas de las varias Catequísticas de esta ciudad de Tortosa, los días 17, 18 y 23 del finido mes de mayo, en que, deseosos de ganar el santo Jubileo, se dirigieron procesionalmente a las iglesias previamente designadas para ellos por nuestro ilustrísimo Prelado. Como desgraciadamente para nosotros han venido a hacerse raros semejantes espectáculos, la impresión que produjo en todos los corazones sanos este de que vamos a ocuparnos fue tanto más viva y agradable, cuanto menos avezados estamos a estas públicas manifestaciones de la piedad cristiana que, como si fuesen un peligro social, tienen hoy que refugiarse al interior de los templos católicos. Mas esta vez eran niños los manifestantes, y ¿quién va a meterse con los niños?

Cerca de mil fueron los que, pertenecientes a los dos sexos, acudieron a las cuatro de la tarde de los días arriba expresados, a la iglesia del Seminario de esta ciudad, punto de reunión de todas las Catequísticas, y lugar donde debía hacerse la primera visita de las cuatro prescritas por el Prelado. Ya era una cosa agradable ver cómo de los diferentes puntos de la ciudad donde se hallan establecidas las Catequísticas, acudían unos después de otros los niños y niñas, ordenados en procesión y guiados por los prefectos y coadjutores de las mismas.

Una vez fueron reunidos todos los niños y niñas pertenecientes a las seis Catequísticas establecidas en esta ciudad y que llevan el nombre de la iglesias donde tienen lugar las clases todos los domingos y fiestas, a saber, la del Seminario, de San Antonio, de la Purísima Sangre, de San Pedro, de San José, y por último de San Jaime; y ordenados que estuvieron en dos

hileras, primeramente los niños y después las niñas, se procedió a hacer la primera visita en la misma iglesia del Seminario, rezando puestos de rodillas cinco veces el **Padre nuestro, Ave María y Gloria**, no sin que les hiciese antes una breve exhortación desde el púlpito un celoso diácono catequista. A seguida se cantó por un coro de niños y otro de niñas, todos de la Catequística, siendo respondido por toda aquella muchedumbre infantil, aquel sencillo y entusiasta canto que es a la vez una expresiva profesión de fe:

Yo soy cristiano,
niños entonad;
católico soy
con toda verdad, etc.

Mientras el coro cantaba, la procesión iba saliendo en dirección a la inmediata iglesia de San Antonio, donde debía hacerse la segunda visita.

Mas hablemos del orden de la procesión. Para esto será mejor que con la imaginación nos traslademos al lugar (que será la escalinata de la iglesia del Seminario) a la hora (que será a las cuatro y media de la tarde) y al día (que será el 17 del pasado mayo) en que se verificó el desfile de la procesión. Observémosla como todas esas buenas gentes, a quienes ha atraído a este lugar la ordenada muchedumbre de tantos pequeñuelos que, niños y niñas, ostentan colgados de sus hombros, bien el Escapulario azul e María, o bien una medalla del sagrado Corazón de Jesús y santa Teresa.

Rompe la marcha una devotísima imagen del divino Redentor crucificado que lleva pausadamente un subdiácono, sosteniendo las borlas que penden de los brazos de la cruz dos estudiantes, catequistas todos. Delante de todos los demás van los niños de la Catequística de san José (que son todos ellos párvulos), siguiendo con el orden que indicamos, y divididos y señalados por sus distintos pendones, los de San Jaime, San Pedro, Purísima Sangre, Seminario y San Antonio. Detrás de todos los niños va un coro de canto de los mismos, sigue una peana de una imagen de san José, protector de la niñez, adornada con luces y flores, cerrando la sección de niños el Preste (D. Jacinto Peñarroya, canónigo), revestido con capa pluvial, que lleva en sus manos un sagrado relicario y va acompañado de los ministros revestidos de dalmáticas.

Detrás del Preste y en medio de las niñas que empiezan a desfilar sin cortar el hilo de la procesión, va un coro numeroso de niñas que, aunque separadas del de los niños y guiadas por dos presbíteros catequistas, pueden cantar acordes con aquellos que van delante del Preste. Siguen las niñas también por el orden de catequísticas que hemos dicho arriba, y divididas las unas de las otras por sus pendones diferentes, de los cuales cuelgan dos cintas que sostienen dos niñas a los lados, lo mismo exactamente que en los que traen los niños.

En la iglesia de San Antonio se hace la segunda visita al igual de la primera, variando solamente el canto de los coros. Por la calle cantan éstos la letanía lauretana, de tres en tres títulos, en una melodiosa y agradable tonada, alternando con un coro a canto llano, al cual responden todos los niños y niñas: **Ora pro nobis**.

A través de la muchedumbre, que religiosa se apiña para ver las ordenadas hileras de los niños, y entre el ruidoso clamoreo de las campanas, entra la procesión en la iglesia del convento de la Purísima Concepción, cuyo recinto muy escasamente puede contener la multitud de niños, que han de estrechar sus hileras hasta el extremo para poder haber todos en él. Es hermoso contemplar desde el presbiterio toda la nave llena hasta más no poder, y sin embargo con el orden y silencio que se puede desear de toda aquella inocente y graciosa multitud. Las Religiosas dieron hartas muestras de complacerse ante aquella nunca vista concurrencia de niños, y nosotros sabemos muy bien cuánto se enternecieron sus corazones al oír cantar a los coros el magnífico y arrobador himno a su Patrona, María inmaculada, que contestado con eco poderoso por mil corazones inocentes, hacía resonar aquellos recintos de soledad y recogimiento con gran contentamiento y placer de sus santas moradoras.

Pero adelantémonos unos cuantos pasos y pongámonos al extremo de la calle de la Merced, que da a la plazuela de la Catedral, si queremos abarcar en una sola mirada, no diré todo el conjunto, porque es imposible, sino la mayor parte de tan bella y pintoresca perspectiva. Sí, bello es en verdad ese cuadro que la inocencia, las gracias de la niñez y la Religión se complacen en adornar con sus más delicadas tintas. Ya los niños han comenzado a entrar en los claustros de la Catedral, y si tendemos los ojos a través de esa larga calle, toda ella la veremos llena de niñas que se adelantan poco a poco, en nunca quebradas hileras, en medio de las cuales van convenientemente distribuidos los prefectos y coadjutores de las catequísticas. Ved como pasan cantando con notable afinación y frescas y argentinas voces los títulos

de la Letanía los primeros coros de niños y niñas, alternando con otro coro que allá en medio de la calle se descubre. Y como un eco de bendición que hasta lo infinito se prolonga, oyese también a lo lejos, en el extremo de la calle de la Merced los mismos títulos cantados por otro nutrido coro de niñas que va delante de un hermoso pendón de la Virgen inmaculada que cierra finalmente la procesión. La muchedumbre de niñas que calladamente pasa, los pendones que flotan al aire, los cánticos melodiosos, el rumor prolongado que levantan las dilatadas hileras al responder **ora pro nobis**, forma un hermoso conjunto, que en vano trataríamos de describir. Las gentes que llenan los balcones y paradas están en la calle mirando con respeto y simpatía a la infantil multitud, muestran claramente cuánto les satisface y consuela este inesperado espectáculo. “Me han venido ganas de llorar al ver pasar a los niños”, nos decía una cristiana madre. ¿Y cómo no? Hanse visto por esas calles tantas manifestaciones impías y escandalosas que han destrozado el corazón de todo buen católico, que al ver ahora a toda esa muchedumbre de niños y niñas que, empujando a la generación descreída de hoy, formarán la de mañana, más rica de fe y de amor con la misericordia de Dios, no pueden menos los corazones de dilatarse dulcemente, enviando a los ojos lágrimas de ternura que nosotros hemos visto brillar.- “¿Dónde vais con ese ejército de niños?” le preguntaba a uno de los catequistas un hombre que miraba la procesión.- “Vamos a convertir al mundo”, le contestó sin pararse, entonando luego este título: **¡Virgo potens!** Y respondiendo todos los niños y niñas: **¡Ora pro nobis!**... Orad por nosotros, decían todos aquellos centenares de corazones inocentes no contaminados con las prevaricaciones de esta época malhadada; y lo pedían a la Virgen Inmaculada, que con planta poderosa ha quebrantado en todos los siglos cuantas cabezas ha brotado la hidra infernal.

Pero vayámonos ya de aquí, y entremos en la santa iglesia Catedral, que es la última estación que deben hacer los niños. Figurémonos que es el día tercero y último (día 23 de mayo), en que la procesión fue a entrar por la puerta principal, pasando antes por la calle de Tablas viejas y por delante del palacio arzobispal. Nuestro ilustrísimo señor Obispo, decidido amante de la niñez, contempló el desfile de la procesión desde sus celosías, y aunque no lo supiésemos de cierto, fácilmente se nos alcanza cuánto hubo de conmover su corazón paternal el hermoso espectáculo de tanta multitud de niños a quienes de lo íntimo de su corazón bendijo cariñosamente. Mas entremos en la santa Catedral donde acaban de entrar los niños y niñas, cuyos cantos resuenen en todas direcciones por las góticas naves. Niños y niñas, dispuestos por orden de catequísticas como siempre, llenan los dos lados del crucero, frente al altar mayor, en cuyo presbiterio está el Preste con los ministros, la peana de san José y los coros de canto. El señor Director de la Catequística, D. Enrique de Ossó, presbítero, catedrático del Seminario, ha subido entre tanto a un púlpito desde donde, agitando la campanilla, hace que cesen los cantos para dirigir la palabra a los niños. En lengua vulgar les hace una viva y calorosa exhortación encareciéndoles la devoción y recogimiento que deben guardar en esta última visita. Excita en sus tiernos corazones sentimientos de contrición y de amor de Dios con ardientes frases a fin de obtener la gracia de ganar el santo Jubileo, cuyo valor inestimable brevemente les enseña. Luego haciéndoles fijar a todos los ojos en la imagen del divino Redentor que de cara a ellos está en las gradas del presbiterio, estando todos de rodillas y cruzados los brazos, les pregunta con aquel acento que todos conocen: “¿Queréis todos ganar el santo Jubileo?”. Y todos los ecos de aquellas dilatadas bóvedas de granito repitieron a una como un gran trueno: - ¡Sí! ¡Sí señor! - Pues, si así es, clamad y decid al Señor con todo vuestro corazón: - ¡Señor! ¡piedad y misericordia! Y otra vez los ecos de aquellas sagradas bóvedas devolvieron, como un grito gigante que rasgaba las entrañas, estas mismas palabras: - ¡Piedad y misericordia!

A seguida dos o tres niñas solas cantaron con finísima entonación, y con acento impregnado de santa tristeza, esta melancólica plegaria, que nunca oímos cantar sin que nos impresione vivamente:

Aplaca, gran Dios, tu enojo,
tu justicia y tu rigor,
dulce Jesús de mi vida;
¡misericordia, Señor!

Y los niños todos respondían con la misma tonada: ¡Misericordia, Señor!

En seguida procuró avivar los mismos sentimientos que antes en sus corazones, procediéndose a rezar las mismas oraciones que en las demás visitas: añadió otro **Padre nuestro** por el Sumo Pontífice, otro por el señor Obispo, que les hizo la gracia de poder ganar el santo Jubileo con sólo tres días, y otro, finalmente, por las necesidades de la ciudad de Tortosa, por los padres y madres de los niños. Nosotros creemos que no había un solo corazón

de los muchos que presenciaban aquel acto, que no se sintiese hondamente conmovido. ¡Qué bello era aquel cuadro a los ojos del cuerpo! Pero ¡con qué belleza infinitamente superior brillaba a los ojos del alma creyente, que contemplaba allí, ante las miradas del Señor, toda aquella multitud de almas inocentes que habiendo sido todas reconciliadas con el Señor los días antes, estaban ataviadas con las esplendentes estolas e la gracia, embellecidas con nuevos y más vivos esmaltes de caridad y justificación! Dulce y silencioso llanto vino a desahogar todos los corazones, y no nos duele confesar que no fuimos nosotros los últimos en derramarlo. Pero el efecto más sorprendente, arrebatador, mágico, nos estaba reservado para lo último. Los coros de niños y niñas entonaron con las notas de la marcha real española, como se acostumbra en las Catequísticas, aquella letra tan rica de entusiasmo y de fe:

La Virgen María
es nuestra protectora,
con tal defensora
no hay que temer;

desfilando al mismo tiempo los niños con dirección a la suntuosa capilla de Nuestra Señora de la Cinta. El órgano lanzando torrentes de armonía acompañaba las voces de los niños prestándoles fuerza y ardimiento; pero cuando el entusiasmo, la vehemencia, el delirio santo de los niños, que se pegaba a todos los corazones, llegaba a su colmo, era cuando toda aquella infinidad de voces, que apagaban las poderosas del órgano, repetían aquel estribillo del canto:

¡Guerra! ¡guerra! ¡guerra!
contra Lucifer.

A seguida se cantó en la riquísima capilla de Nuestra Señora de la santa Cinta la **Salve** alternando con el órgano, dándose por terminadas las visitas del santo Jubileo hechas por las Catequísticas de esta ciudad.

No terminaremos nuestra reseña sin felicitar con todo nuestro corazón al Director, prefectos, coadjutores y protectores de las Catequísticas de esta ciudad por el alto ejemplo que acaban de dar con sus niños de la piedad y espíritu de fe que tanto decrece en nuestros tiempos malaventurados. Acaso serán los niños los que despierten así mismo a tantos corazones apáticos y en exceso tímidos. Así lo esperamos.

X.

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

I

¡Con qué ardor el alma mía
iba un corazón buscando!
Ciervo herido, que crecía
nunca el corazón hallando.
¿Dónde estáis, aguas corrientes,
llenas de suave frescura,
del amor sabrosas fuentes
que con ondas transparentes
nutrís campos de verdura?
¿Por qué suelo os deslizáis
con sosegado murmullo,
aguas que la vida dais
y donde quiebra sembráis
flores de virgen capullo?
¿Dónde estáis?... – Secos eriales
crucé yo con veloz paso
creyendo hallar aguas tales...
¡Ay! sólo hallé manantiales
de raudal turbio y escaso.
Imaginé ver praderas
de perpetua flor vestidas,
y eran sombras pasajeras

y fantásticas quimeras
a un soplo desvanecidas.

Leve y flotante figura
se cruzó por mi camino:
hallé en su voz tal ternura,
y en sus ojos luz tan pura,
que tras ella fui sin tino.

La visión encantadora
ceñida de resplandor,
como nube que el sol dora,
se disipó engañadora
sin templar mi sed de amor.

Que el corazón no se llene
de vanidad con el viento,
mas siente punzante pena
hasta hallar la oculta vena
del amor, que es su alimento.

¡Amor santo, casta esencia
del amor! Yo deseaba
con tu aliento de inocencia
embalsamar mi existencia,
y ¡nunca! Amor, yo te hallaba.

Ya la esperanza perdía
de abrazarme a mi tesoro,
cuando oí ¡bendito día!
que de angélica armonía
no lejos sonaba un coro.

Atraído por la suave
resonancia y dulce aroma,
entro acaso en ancha nave...
¡Oh! sólo quien amar sabe
puede entender este idioma.

Mi corazón se serena,
baja a mi ser honda calma
que de placer me enajena,
mientras dulcemente suena
este cántico del alma.

II

Divino pecho, que llagó impío,
no hierro agudo, sí inmenso amor,
a ti yo vengo del mundo frío,
luz de mi vida, fuerza y calor.

Dulce abertura, costado abierto,
en ti yo quiero siempre habitar,
que el mundo lanza ya hedor de muerto,
y yo quiero vida, vida inmortal.

Dadme, oh palomas de arrullos suaves,
de albo plumaje y vuelo veloz,
dadme alas, ligeras aves,
que alzar mi vuelo deseo yo.

Allá en el bosque más solitario
hay una peña que rota fue;
de amores puros es el sagrario
donde yo quiero ir a beber.

Quiero en sus ondas, de amor teñidas,
mi pecho ardiente refrigerar,
y las del mundo tan corrompidas
y turbias aguas allí olvidar.

Quiero en tu abrazo, mi amado Dueño,

eterno sueño de amor dormir;
que nadie turbe mi dulce sueño,
nadie me aparte jamás de ti.

Al eco dulce de tus latidos,
Corazón Santo, descansaré:
ni uno tan solo de tus sonidos,
arpa divina, quiero perder.

Y amen los hombres - ¡torpe egoísmo! –
¿qué saben ellos qué sea amor?
Tú eres la fuente, tú el amor mismo,
y en sus raudales me abrego yo.

Dadme, oh palomas de arrullos suaves,
de albo plumaje y vuelo veloz,
dadme alas, ligeras aves,
que alzar mi vuelo deseo yo.

III

Calló la voz... Caí al suelo
sin saber lo que tenía;
de mis ojos saltó un velo,
y contemplar pude un cielo
de luz, de amor, de armonía.

Arrojaba el incensario
de vapor fragantes nubes
alrededor del Sagrario,
remedando en giro vario
sueñas alas de querubes.

Vi el Corazón palpitante
de mi Dios y mi Señor
dentro del globo radiante,
que con tierna voz amante
me brindaba con su amor.

Y mi espíritu sintiendo
alientos para volar,
el puro ambiente rompiendo,
se lanzó, de amor ardiendo,
junto al ara del altar.

Y... - No digas, alma mía,
qué pasó entonces por ti,
pues la tierra oscura y fría
¿cómo comprender podría
los goces que yo sentí?

J. A. y A.

REVISTA NACIONAL

Tenemos un bien escrito artículo en que se reseñan los santos Ejercicios que las animosas Teresianas del pueblo de Santa Bárbara hicieron en los días de Pascua de Pentecostés. La abundancia de materiales nos priva de insertarlo en este mes. Irá en el próximo con el favor de Dios. Lo mismo decimos de la relación que se nos hace de la instalación de nuestra querida Asociación Teresiana en los pueblos de Areus, Peñíscola, Amposta y huerta de San Lorenzo de Tortosa.

En el próximo número insertaremos también una reseña de la entusiasta acogida y solemne función con que las trescientas jóvenes católicas de Benicarló honraron a su Madre santa Teresa de Jesús, al recibir su hermosa imagen de un metro setenta centímetros de alta en el sábado y domingo 5 de este mes.

- El señor Obispo de Jaén acaba de ver secuestrada y prohibida por la autoridad gubernativa de su provincia la última de sus magníficas pastorales sobre el **Derecho público cristiano**. Hasta en el Boletín eclesiástico de su Diócesis ha sido prohibida su publicación. El señor Obispo de Jaén, lumbrera del Episcopado católico, fue uno de los que con mayor elocuencia combatieron en las últimas Constituyentes la llamada **libertad de cultos**.

- Según noticia de un periódico madrileño, "D. Antonio Romero Ortiz ha traído de Ávila un precioso regalo, consistente en un trozo de camisa de santa Teresa de Jesús.

Este obsequio le ha sido hecho por uno de los parientes de la Santa, que le ha entregado al mismo tiempo la correspondiente acta notarial que acredita su autenticidad.

Este regalo habrá sido tanto más lisonjero para el colector, cuanto que en Ávila no ha habido subasta alguna de objetos y reliquias que hayan pertenecido a santa Teresa de Jesús, ni puede haberla habido, porque las únicas prendas suyas que se conservan, son su báculo, su rosario, una sandalia y un libro de rezo, objetos que se guardan cuidadosamente en diferentes templos de aquella ciudad.

La reliquia que ha obtenido el Sr. Romero Ortiz procede de vínculo de familia, y ha sido regalada, como ya hemos dicho".

Consideraríamos siempre como una profanación muy grande el que un objeto de uso personal de cualquier Santo se destinase a un museo de curiosidades de un particular, en que puede figurar al lado de las cosas más opuestas y ser causa de grandes faltas de respeto de diversa índole; mas cuando la colección en que va a figurar es de objetos raros, y hay tanta iglesia en España que se honraría con colocar aquella reliquia en lugar sagrado, nos parece una irreverencia que clama al cielo el que una prenda de santa Teresa de Jesús vaya a poder de una persona que, como el Sr. Romero Ortiz, tanto se ha distinguido por su aversión a nuestra santa Religión.

No podemos, pues, dejar de lamentarnos de la poca piadosa donación de los herederos de la célebre Doctora de Ávila.

REVISTA EXTRANJERA

Roma.- Su Santidad recibió el 13 de mayo a trescientos peregrinos alemanes, presididos por el barón de Loe. El soberano Pontífice estaba rodeado de catorce Cardenales y varios Arzobispo y Obispos. El barón de Loe leyó una exposición y luego presentó varios libros que contenían un millón y doscientas mil firmas de católicos alemanes.

El Papa respondió dando las gracias y expresando su satisfacción. Después habló de los espléndidos ejemplos que ofrecía el Episcopado y el clero alemán, y añadió: "Tres cosas son necesarias para persistir en el buen camino: la luz de la fe, los grandes ejemplos de la antigüedad y la obediencia a los superiores eclesiásticos". Después el Padre Santo aconsejó a los peregrinos que permanecieran fieles a sus pastores y al Vicario de Jesucristo; expresando la esperanza de que llegarán tiempos mejores, porque a las Catacumbas sucedió la luz del día, y a las persecuciones la paz.

Por último, Su Santidad bendijo a los peregrinos, a sus familias y a su patria.

- Hace dos meses que una imagen de la Purísima Concepción en Vignanello, abre y cierra los ojos elevándolos en actitud suplicante. Varios milagros han ocurrido ya en su vista, y entre la multitud que acude atraída por la devoción y la curiosidad, cuéntase el señor Obispo de la diócesis. También en Bolsena y Vitorchiano se observan iguales sucesos en imágenes de la Virgen santísima, muy veneradas de tiempo inmemorial. Hasta procesionalmente acuden las poblaciones en masa a contemplar aquellas maravillas que se verifican en dichos lugares enclavados en la provincia llamada el **patrimonio de san Pedro**; las conversiones son numerosas; y entre tanto los agentes del Gobierno y sus tropas se ocupan en cerrar las iglesias al ver que los fieles van a ellas con tanto entusiasmo.

Nápoles.- El prodigio de la liquidación de la sangre de san Genaro, que se realiza en Nápoles el día aniversario de la trasladación de sus reliquias, ha conmovido vivamente este

año a todo el pueblo. Después de la procesión, el Cardenal-Arzbispo rodeado de su Cabildo depositó en el altar mayor de la iglesia de Santa Clara el vaso que contiene la sangre de san Genaro, y comenzó las preces de costumbre. Cuando no se presagian acontecimientos graves, la sangre queda enteramente líquida durante las Letanías. Esta vez no ha ocurrido este portento hasta pasados tres cuartos de hora de oración, liquidándose sólo en parte, y quedando el resto hirviendo y negruzca. Cuando la procesión regresó a la catedral, la sangre, que había vuelto a secarse después de las preces, liquidose nuevamente, pero como la primera vez; y hasta la tarde del siguiente día no estuvo del todo líquida. Las tradiciones napolitanas aplican a estas señales los más alarmantes comentarios, fundados en las experiencias de los siglos anteriores. A esto hay que añadir el desbordamiento del torrente de san Francisco de Asís, cuyas inundaciones son de tal modo siniestras, que los Franciscanos están obligados, siempre que ocurren, a dar inmediatamente aviso al Papa, a fin de ordenar públicas rogativas.

RETIRO MENSUAL.- Día 15 de junio

Máxima

Toda mi ansia era y aún es que, pues el Señor tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos. (Santa Teresa de Jesús, Cam. de perf., c.1)

Virtud

Oración especial y ferviente para que suscite el Señor almas santa y animosas en su Iglesia.

Reflexiones

Nos faltan santos; almas reales y animosas que digan al embravecido mar de la impiedad que amenaza sepultar todo lo bueno sobre la haz de la tierra: Enmudece y retrocede.- No tanto debemos buscar el número cuánto la perfección de los amigos de Cristo. Más hace un alma perfecta que muchas que no lo estén. Una santa Teresa de Jesús convirtió con sus oraciones y buen ejemplo y escritos más de un millón de almas, dice un sabio escritor. ¿Cómo? Porque convertía y perfeccionaba a los que después eran luz del mundo y sal de la tierra. Nos faltan santos; almas animosas del temple de Teresa, que con su ejemplo y palabra de fuego lleven al mundo en pos de sí con el nuevo olor de sus virtudes. Oremos, pues, para que el Señor las envíe, y digámosle todos los días la siguiente oración como

Ramillote espiritual

¡Oh Jesús! Salvador del mundo, envía santos a tu Iglesia para que propaguen el reinado de tu conocimiento y amor. Haz que se renueve en tu España del siglo XIX el espectáculo del siglo de Teresa, en que tantos santos y tan grandes brillaron para la salvación del mundo. Es este el año de tu Corazón. Séalo, pues, reinando en España por medio de la luz y ejemplo de tus hijos santos. Amén.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE

	Suma	Rs.	3,470'60
Godall.- A.F.P.: Teresa de Jesús, salva a Pío IX y a la España			4
Alcoy.- Miguel Vilaplana, Pbro.....			8
Suma anterior			Rs. 3,482'60